

política, que sufre de la crisis. El autor intenta mostrarnos los casos de acuerdo político suprapartidista y de trabajo conjunto en los planos de la economía o de la renovación social. Señala también el desarrollo de varias sociedades científicas y pacifistas que agruparon a pensadores y hombres de acción de todos los bandos y, finalmente, señala que en esta década surgió la estructura ideológica que "condujo a Gran Bretaña sin peligro a través de la década del 40 y la llevó al descanso en la del 50". Afirmaciones tales como ésta se hacen difíciles de aceptar. Desgraciadamente este artículo no es más que un esbozo de lo que puede llegar a ser un estudio serio y profundo. Es difícil sacar muchas conclusiones que no sean aventuradas de tan poca evidencia y se requeriría un adentramiento y un análisis mucho mayores en el tema.

JULIO RETAMAL FAVEREAU.

Filología

LUIS MICHELENA: LENGUAS Y PROTOLENGUAS. Salamanca; Universidad de Salamanca, 1963. 87 pp. Acta Salmanticensis, Filosofía y Letras, tomo XVII, Nº 2.

Luis Michelena, a quien la Lingüística saludó recientemente por su valioso libro sobre el vasco¹, reúne aquí seis estudios "cuyo núcleo está en unas lecciones explicadas en 1961 y 1962 en la Facultad de Letras de la Universidad de Salamanca [y que] quieren ser una especie de reflexión sobre los principios y los métodos de la reconstrucción lingüística" (p. 9). Siguiendo un orden racional de surgimiento de las cuestiones, Michelena realiza un análisis epistemológico bastante agudo, si bien sucinto y preferentemente especulativo, del valor y límites de los principios y operaciones que conducen la lingüística diacrónica a elaborar imágenes valederas de etapas previas y no bien documentadas de las lenguas históricas. Es muy estimulante observar una figura brillante por sus tareas de laboratorio inclinarse sobre los propios instrumentos que manipula y censurar su adecuación y los resultados que ellos determinan. Michelena está muy al tanto de los modernos trabajos de los epistemólogos de las ciencias naturales, particularmente de la física —que han puesto a la luz la radical indeterminación que afecta a la imagen de cierto nivel de los objetos físicos—, y emplea a discreción el vocabulario

¹*Fonética histórica vasca* (San Sebastián; Publicaciones del Seminario Julio de Urquijo, 1961; 455 pp.). La romanística tiene mucho que agradecerle a este libro inesperado por las claras precisiones que trae sobre puntos en que, desde antiguo, se ha traído a colación la lengua vasca como factor explicatorio de mutaciones románicas. No hay ya ahora, por caso, pretexto alguno para continuar haciendo imputaciones antojadizas acerca de cómo se ha comportado el vasco ante la *f*-latina (cf. allí las pp. 262-267 y 374).

de ellos, participando del renacido prendamiento —muy siglo diecinueve— de las ciencias del espíritu por las de la naturaleza, al sentir, engañosamente y con grande alborozo, que ahora son éstas las que se les han acercado.

Michelena viene del vasco, lengua que se ofrece al investigador diacrónico con precarios rasgos de asidero, tanto por su muy tardía documentación sustancialmente significativa como por sus imprecisadas conexiones con alguna otra lengua, incluso las caucásicas, cuestión considerada aún materia opinable: para los efectos prácticos del trabajo lingüístico, es una lengua aislada; de ahí que haga él particular hincapié en las cuestiones relativas a la reconstrucción interna, es decir, a los márgenes que tiene una lengua de proporcionar información acerca de su propia historia. Parte, pues, de una formulación subrayada por Sapir y cargada de verdad y valor para un encaramiento fructífero del lenguaje: “un idioma es un producto histórico extremadamente complejo que oculta, bajo los elementos activos y productivos de su estructura, estratos varios de fecha muy diversa que, aunque puedan ser dados de lado en un análisis sincrónico, no aciertan a escapar del todo a las técnicas que se han desarrollado para reanimar la información muerta” (p. 11). Pero, y aquí adquiere plena vigencia una observación de Meillet que Michelena intenta refutar en parte (pp. 12 y ss.), esas técnicas de resucitamiento se asientan fundamentalmente sobre la comparación, o sea, sobre el confrontamiento de sistemas genéticamente vinculados, pues ya el solo hecho de detectar en un sistema dado los testimonios que contiene de sus etapas anteriores se torna altamente problemático por la dificultad de aplicarle a la lengua sin más la categoría de anteroposterioridad (cf. pp. 31-33), de modo tal que al día siguiente de la primera documentación de una lengua concebida aislada no podemos ni siquiera señalar con seguridad las formas que participan de un mayor arcaísmo y pueden informarnos sobre un momento relativamente más remoto. Y aun, deteniéndose, como partida metodológica, en las irregularidades, en las “formas anormales et isolées” que dice Meillet —lo cual, por lo demás, no garantiza nada, pues, una irregularidad puede serlo tanto para adelante como para atrás—, restará todavía otorgar sentido a los miembros reconocidos como arcaicos, esto es, extrae de ellos una información operativa acerca del pasado. Una piensa, por caso, en la imagen que se formaría de una prehistoria románica del paradigma del verbo *ser* español —la clase más rendidora en conjunto en las lenguas indoeuropeas— un romanista que pudiera conocer del español normal como lengua aislada sólo los tres últimos siglos de su historia, aun habiendo reconocido en él un paradigma generado por acarreo. La extrapolación, que Michelena considera en la p. 28, puede muy bien operarse en la historia de una lengua aislada, porque no arriesga nada; pero, aún aplicada por analogía —que es, al fin y al cabo, un modo de comparación—, no puede aspirar a más que ser una opinión razonable.

Queda, pues, la comparación lingüística como el conjunto de procedimientos positivamente rendidores en la empresa de reconstrucción de estados de lengua no documentados, y con cuyos resultados se puede operar como objetivos científicos de laboratorio. Al análisis de sus técnicas destina Michelena la mayor parte del volumen, dedicando un capítulo especial (el 5, pp. 65-74) a "Las leyes fonéticas". Imagen sintética y cifra de un proceso complejo en que quedan registrados sólo los puntos límites, punto de partida y en gran parte meta de la investigación, la ley fonética es la formulación organizadora más lograda en lingüística diacrónica; Michelena, como no podía ser de otro modo, le otorga una fe muy de neogramático; citando a Menéndez Pidal, de quien son las más sabias palabras que se han dicho sobre el asunto.

Por su brevedad y concisión, este pequeño libro de Michelena es de primera utilidad para quienes se inician en los trabajos de historia lingüística al ofrecerles estímulos de meditación sobre los conceptos técnicos que han de manejar.

MARIO FERRECCIO PODESTÁ.

